

Dr. Kevin E. Frederick, Waldenses, Conferencia 4, Una distinción radical, El papel de la pobreza

© 2024 Kevin Frederick y Ted Hildebrandt

Este es el Dr. Kevin Frederick en su enseñanza sobre la historia de los valdenses. Esta es la sesión 4, Una distinción radical: el papel de la pobreza.

El título del sermón es Una distinción radical y el pasaje de las Escrituras que elegí para este es Hechos 4:32 a 37.

Ahora bien, toda la multitud de los que habían creído tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie se apropiaba de nada, sino que todo lo que poseían era común. Con gran poder, los apóstoles dieron testimonio de la resurrección del Señor Jesús.

Había gran gracia sobre todos ellos. No había entre ellos ningún necesitado, pues todos los que tenían tierras o casas las vendían y traían el precio de lo vendido. Lo ponían a los pies de los apóstoles, y se distribuía a cada uno según su necesidad.

Había un levita, natural de Chipre, llamado José, a quien los apóstoles pusieron por nombre Bernabé, que significa hijo de consolación. Él vendió un campo que era suyo, trajo el dinero y lo puso a los pies de los apóstoles. Es la palabra del Señor.

Gracias a Dios. En las primeras décadas del movimiento cristiano, tras la muerte y resurrección de Jesucristo, pequeños grupos de creyentes comenzaron a modelar sus vidas según las enseñanzas de Jesús, abogando por un modo de vida comunitario, caracterizado por el compartir todas las posesiones y los recursos y un espíritu mutuo de humildad. El escritor bíblico de Lucas-Hechos relata que aquellos creyentes en Cristo que poseían tierras y casas habían vendido sus bienes y activos y habían entregado sus recursos a los apóstoles, quienes habían distribuido sus recursos entre los pobres para que nadie en su comunidad de fe tuviera necesidad.

Esta respuesta comunitaria de la iglesia primitiva se percibía como una forma de vivir fielmente el llamado al discipulado cristiano en un momento en que la comunidad de fe esperaba el inminente regreso del Señor. Sin embargo, cuando los años se convirtieron en décadas y la segunda venida de Cristo aún no había ocurrido, la ferviente adhesión a este principio de recursos compartidos y vida comunitaria se relajó en las comunidades cristianas de fe. En el siglo XI, las prácticas habituales dentro de la iglesia la habían vuelto corrupta y mal dirigida.

La autoridad de los funcionarios de la Iglesia fue ampliamente cuestionada, tanto dentro de la Iglesia como por el pueblo en general. Durante el reinado del Papa Gregorio VII, de 1073 a 1085, estas prácticas fueron puestas bajo escrutinio, lo que dio lugar a un sistema general de reformas eclesiásticas llamado la Reforma

Gregoriana. Se cuestionaron dos prácticas principales de nombramiento de líderes de la Iglesia, incluida la investidura laica, el nombramiento de líderes por líderes seculares, y también la práctica de la simonía, la compra de cargos eclesiásticos.

La simonía también era una práctica utilizada por la Iglesia para conceder tierras a los vasallos que habían pagado a la Iglesia por su uso. Tanto la investidura laica como la simonía llevaron a la decadencia moral de la jerarquía eclesiástica. Su ineficacia afectó a todos los niveles, lo que dio lugar a una creciente desconfianza hacia el liderazgo de la Iglesia por parte del resto de la sociedad medieval.

Basándose en la descripción que hace el Evangelio de Juan de un líder de la iglesia como pastor en Juan 10, el Papa prohibió tanto la investidura laica como la simonía en la Reforma Gregoriana. Como medio para asegurar la pureza de los cargos ordenados de la iglesia, la Reforma Gregoriana exigió que todos los líderes de la iglesia fueran célibes. Como parte de un medio para asegurar la rendición de cuentas del clero, el Papa Gregorio alentó a los laicos a criticar abiertamente las prácticas inmorales de los sacerdotes y obispos.

De ahí surgió la creencia, ampliamente difundida, de que todos los sacramentos realizados por simoníacos o por quienes habían sido ordenados por simoníacos eran inválidos y que era necesario reordenar a esos mismos clérigos. El fomento por parte del papa Gregorio de la práctica de criticar la validez de los líderes eclesiásticos inmorales volvería a atormentar a la iglesia romana y paralizaría su autoridad a los ojos del mundo secular en las generaciones venideras. A principios del siglo XIII, muchos seguidores de Waldo rechazaban los sacramentos ofrecidos por sacerdotes y obispos cuya moral había sido cuestionada.

Esta práctica se conoce como donatismo. La Reforma Gregoriana puso en marcha una crítica a la Iglesia romana, que cobraría impulso a lo largo del siglo XII d. C. Un número cada vez mayor de estudiosos bíblicos formados por la Iglesia Católica Romana también comenzaron a cuestionar la práctica de la Iglesia de acumular riquezas y propiedades sobre bases bíblicas y éticas. Una condena particular fue el estilo de vida lujoso adoptado por la jerarquía católica, que contrastaba marcadamente con la pobreza de la gran mayoría de la población.

Los líderes de la Iglesia que servían en nombre del Señor, que había sufrido y muerto por la humanidad, estaban, por su riqueza y glotonería, muy alejados de las enseñanzas de Jesucristo y de los sufrimientos de las circunstancias de la vida cotidiana de sus feligreses. En las primeras décadas del siglo XII, Peter Abelard fue uno de esos eruditos católicos que comenzaron a plantear estas cuestiones en los círculos de debate académico de la Iglesia. Basándose en una crítica de la acumulación de riquezas de la Iglesia y la vida glotona de sus líderes, tal como la expresaron Abelard y otros eruditos bíblicos, comenzó el surgimiento de un énfasis en la vida comunitaria dentro del movimiento valdense.

En su segunda década de existencia, el pobre León y sus predicadores itinerantes se encontraron con otro grupo cristiano aberrante conocido como los Pobres de Lombardía, que centraban su énfasis en la vida comunitaria y la educación de los laicos. Como se dijo anteriormente, la jerarquía católica estaba entre las más ricas de la Europa del siglo XII. La acumulación de riqueza personal tendía a promover la indulgencia de una serie de pecados entre los líderes de la iglesia, incluida la inmoralidad sexual, la embriaguez y la indiferencia ante el sufrimiento de muchos en la sociedad.

En consecuencia, a lo largo del siglo XII surgieron en Europa occidental una serie de movimientos en oposición a las prácticas lascivas e inmorales de los líderes de la iglesia. Entre estos movimientos opositores se encontraban los petrobuscianos, los henrykins, los humillados, los arnoldistas y los cátaros. En términos generales, todos estos movimientos de oposición adoptaron un voto de pobreza y modelaron sus vidas según las enseñanzas y el estilo de vida de Jesucristo.

De estos grupos, los arnoldistas surgieron en el siglo XIII con Valdo y los pobres de León. Los arnoldistas eran seguidores de un hombre en quien creía un monje y erudito católico romano llamado Arnoldo de Brescia, una pequeña comunidad lombarda cerca de Milán en el norte de Italia. Arnoldo había nacido en 1090 y había sido alumno del gran erudito Pedro Abelardo.

Al igual que Abelardo, criticaba la riqueza acumulada por la iglesia romana y la inmoralidad licenciosa que demostraban obispos y sacerdotes. Sin embargo, a diferencia de Abelardo, Arnoldo no se contentaba con discutir creencias teológicas de manera erudita. Como hombre de acción, sentía la verdad tanto en su corazón como en su mente y practicaba y quería que otros practicaran una vida dominada por el espíritu limpio, purificador y democrático de Cristo.

Arnoldo se separó de Abelardo y regresó a Brescia a principios de la década de 1130, donde predicó su mensaje durante más de 20 años en las regiones urbanas de toda Lombardía. Centró su mensaje unificador en las enseñanzas de Jesús, que se encuentran especialmente en Mateo 25:31 a 46, donde Jesús exhorta a sus seguidores a alimentar a los pobres, vestir a los desnudos y visitar a los enfermos. También enfatizó la naturaleza de la vida comunitaria cristiana en Hechos 2:44 a 47 y Hechos 4:32 a 37, que describen a la comunidad cristiana dedicándose a compartir sus recursos entre toda la comunidad.

Arnoldo predicó este mensaje de recursos compartidos, de cuidar de los más pequeños, mis hermanos y hermanas, entre otras reformas morales reveladas en los Hechos de los Apóstoles. A diferencia del uso que hacía la Iglesia Católica Romana de la Vulgata, la traducción latina de la Biblia, Arnoldo puso a disposición de sus seguidores el mensaje del Evangelio en la lengua vernácula. La predicación de Arnoldo

planteó una gran amenaza para la Iglesia Romana y su insistencia en el uso de la Vulgata como la única traducción de la Biblia aprobada por la Iglesia.

Arnoldo criticó abiertamente a la Iglesia por su acumulación de riquezas, como lo demostraba el estilo derrochador de su jerarquía, y exigió enérgicamente que la Iglesia entregara sus tierras eclesiásticas a las ciudades-estado. En sus propias palabras, los clérigos que poseen propiedades, los obispos que poseen insignias y concesiones reales de tierras y los monjes que tienen posesiones no pueden salvarse. Estos desafíos resultaron ser una gran amenaza para la Iglesia Católica Romana.

En consecuencia, Arnoldo fue condenado como hereje, enemigo de la Iglesia, y quemado en la hoguera en Roma en 1155, casi 20 años antes de que Waldo comenzara su ministerio. A pesar de su salud, su mensaje y las comunidades que lo siguieron perduraron en Lombardía. Los arnoldistas habían establecido comunidades cristianas vibrantes, aunque pequeñas, que todavía estaban en funcionamiento treinta años después, cuando los viajes itinerantes de Waldo lo llevaron a la región lombarda.

Antes de 1184, las cuestiones que Valdés planteaba a la jerarquía eclesiástica eran de carácter pastoral: un conflicto entre un potente llamamiento a la pobreza misionera y los derechos legales rituales de un clero institucional. Se esperaba que Valdés y sus seguidores sometieran su celo a la jurisdicción de una jerarquía que no compartía su ferviente aspiración a la pobreza apostólica y su renovado sentido de misión. En su negativa a someterse a los decretos papales, Valdés y sus seguidores siguieron siendo una amenaza desenfrenada para la autoridad de la Iglesia.

Por esta razón, en 1184, Valdo fue tildado de cismático y desterrado de Lyon. En respuesta, los seguidores de Valdo adoptaron el lema evangélico de ser enviados de dos en dos a predicar y enseñar el evangelio. Valdo y sus seguidores, compañeros de predicación, viajaron hacia el este.

Y como hemos dicho antes, eso fue parte de las conexiones que establecieron allí en la región de Lombardía. Los pobres de Lombardía basaron su organización en las primeras comunidades cristianas que se encuentran en Hechos 4 y 5 y en ejemplos prácticos de ministerio articulados en las epístolas de Santiago y la carta de Pablo a Timoteo. Los pobres de Lombardía aportaron un grado de practicidad y sostenibilidad a sus estilos de vida que no se encuentra en el movimiento de Waldo.

El vínculo común de los pobres de Lyon y los de Lombardía era su compromiso con una vida de pobreza, convirtiéndose en discípulos devotos de Jesucristo. Hacia el año 1205, estos dos grupos se habían afiliado entre sí, pero seguían siendo claramente diferentes en su enfoque. Mientras que Valdo insistía en un enfoque unilateral en la predicación y la aceptación de las limosnas ofrecidas por los oyentes como único

medio de sustento, los pobres de Lombardía insistían en que cada adulto trabajara por el bienestar de todos los miembros de la comunidad.

Como resultado, la cuestión del trabajo fue un punto de discordia primordial entre los dos grupos. Cada miembro de los pobres de Lombardía desarrolló sus propios oficios y habilidades para ofrecer sus talentos al bienestar de la comunidad. En generaciones posteriores, tener un oficio viable sería muy útil para los predicadores valdenses cuando la Inquisición los empujó a la clandestinidad como medio de supervivencia.

Durante las primeras décadas de existencia de los pobres de Lyon, un erudito católico romano que dominaba el latín se unió a los pobres de Lyon y proporcionó al movimiento la integridad intelectual y la base teológica profunda que necesitaba. El nombre de este erudito era Durand de Huesca. Su mayor contribución fue un manuscrito escrito para guiar a los pobres de Lyon y su trabajo misionero de predicación contra los cátaros heréticos en el sur de Francia.

Los cátaros eran una rama herética del cristianismo que defendía una interpretación dualista de la naturaleza de Dios. Enseñaban que el Dios del Antiguo Testamento era malo y que todo lo que pertenecía al reino físico era malo por naturaleza. Por el contrario, los cátaros creían que el Dios del Nuevo Testamento era bueno.

Los cátaros predicaban que Jesús no podía ser un ser humano físico porque todos los seres físicos eran, por naturaleza, malos. En cambio, creían que Jesús era un ser espiritual que en realidad no sufría. Las implicaciones de este sistema de creencias erróneo se abordarán en un sermón aparte en un tratado llamado Liber Antiheresis.

En el Liber Antiheresis, Durand proporcionó un esquema teológico muy elaborado y un conjunto de instrucciones para los pobres de Lyon con el fin de contrarrestar eficazmente las creencias erróneas de los cátaros y recuperar al pueblo para la Iglesia Madre. El Liber Antiheresis fue la mayor contribución de Durand al movimiento valdense, ya que proporcionó un enfoque teológico sólido al movimiento. Este documento fue incluso apreciado por muchos sacerdotes y obispos católicos romanos como una herramienta eficaz en la batalla de la iglesia contra la herejía del catarismo.

El año siguiente a la muerte de Valdo en 1206-1207, Durand de Huesca comenzó a hacer un gran esfuerzo personal para reunificar a los seguidores de Valdo con la Iglesia Católica Romana. Sin embargo, sus esfuerzos por reunir el movimiento valdense con la Iglesia Madre Católica finalmente resultaron infructuosos. Como resultado de la insistencia de los seguidores de Valdo de predicar públicamente en la lengua vernácula, la Iglesia Católica Romana se negó a reconocer el derecho de los laicos a predicar y utilizar una traducción de la Biblia en la lengua vernácula y excomulgó a todos los seguidores de Valdo.

Durand de Huesca y varios de sus seguidores eran más moderados que los seguidores de Valdo y, por lo tanto, estaban dispuestos a llegar a acuerdos con Roma. Durand creía que la unidad con la Iglesia Madre era de mayor valor que el derecho a predicar. Él y un grupo de sus aliados se reunieron con la Iglesia Católica Romana en 1208.

Durante un breve período, Durand creyó que era posible reunificar a los pobres de Lyon y a los católicos romanos. Pero después de varios intentos fallidos de servir de puente de unificación entre ambos, Durand abogó por iniciar un nuevo movimiento dentro de la Iglesia católica romana llamado los Pobres Católicos. En 1208, el papado aprobó la formación de los Pobres Católicos como un medio para redirigir la popularidad y el impulso de los laicos hacia un voto de pobreza y alejarlos de los seguidores de Waldo, de vuelta a la Iglesia romana.

A los pocos años de que la Iglesia Romana autorizara la creación de los Pobres Católicos, un joven converso llamado Francisco de Asís renunció a su riqueza familiar y trató de cumplir con su llamado dentro de la Iglesia haciendo voto de pobreza. La jerarquía eclesiástica vio en Francisco de Asís un recurso creíble a través del cual integrar los principios que sustentaban la organización de los Pobres Católicos dentro de la Iglesia en general. Como resultado, el papado decidió establecer una nueva orden monástica bajo el liderazgo de Francisco de Asís.

Al adoptar muchos de los mismos principios desarrollados por Valdo y los arnoldistas, la orden franciscana, que comenzó en 1212, abrazó la pobreza, la humildad y una vida de servicio dentro de su grupo. Al igual que los pobres de Lombardía, los franciscanos enfatizaron la importancia de educar a sus seguidores mediante la adopción de un estilo de vida inspirado en Jesucristo. Sería históricamente engañoso sugerir que Francisco de Asís y el movimiento franciscano se modelaron directamente a partir de Valdo y los pobres de Lyon.

Gran parte del énfasis de Francisco surgió de su propia exploración de las Escrituras, pero Francisco creció en la Toscana, donde el mensaje y la influencia del movimiento de Waldo se predicaron y difundieron ampliamente. Ese hecho, junto con el regreso de Durand a la Iglesia madre y su establecimiento de los Pobres Católicos dentro de la Iglesia romana, creó un terreno fértil para que los principios de un orden eclesial sancionado, modelado sobre la humanidad sufriente y la pobreza de Jesús, se arraigaran dentro de la Iglesia romana. Sin embargo, aún así, la Iglesia se resistió a una adopción total del énfasis evangelizador dirigido por los laicos de los Pobres de Lyon.

Hay pruebas que sugieren que, de no haber sido por el ministerio evangelizador de los Pobres de Lyon, que se difundió rápidamente y fue muy popular durante sus primeros 30 años de existencia, la Iglesia no habría creado la Orden de los

Franciscanos. Fue precisamente porque los Pobres de Lyon y los Pobres de Lombardía, a los que los inquisidores católicos romanos se referían despectivamente como Valdenses, estaban teológicamente alineados con muchas de las creencias fundamentales de la Iglesia Católica Romana que sus esfuerzos evangelizadores tuvieron un impacto mucho mayor en el público que en cualquiera de los movimientos religiosos contemporáneos. El impacto generalizado de su mensaje de fe cristiana se convirtió en la razón predominante por la que los católicos romanos buscaron destruir a los seguidores de Valdo.

Un inquisidor eclesiástico anónimo pero bien informado afirmó en un tratado compuesto por primera vez en la década de 1260 que los valdenses eran el más peligroso de todos los grupos heréticos a los que se enfrentaba la Iglesia. Esta proclamación, adoptada por la jerarquía eclesiástica, se debió a varias razones, entre ellas la aceptación generalizada y muy popular del mensaje, las críticas a los líderes de la Iglesia por acumular riquezas y el hecho de que los pobres de Lyon se adhirieran a todas las creencias teológicas de la Iglesia romana; finalmente, la eficacia de su predicación sencilla en la lengua del pueblo en lugar de en latín.

Vale la pena señalar que, cincuenta años después de que Valdo iniciara su movimiento en Lyon, la Iglesia católica romana respondió al llamado de Valdo a predicar la Palabra de Dios en espacios públicos creando su propia orden oficial, los Dominicos Dedicados a la Proclamación de la Palabra, llamada Ordo Praedicatorum. El segundo énfasis, como se mencionó anteriormente, fue la creación de la orden franciscana dedicada a la confesión de la pobreza. Pero había una diferencia crucial entre la Iglesia católica de principios del siglo XIII y los valdenses en cuanto a su aproximación a estos dos elementos fundamentales del ministerio.

Inicialmente, la Iglesia Católica mantuvo separados el énfasis religioso en la proclamación y la pobreza, asignando la proclamación de la Palabra de Dios en la lengua vernácula a los dominicos y a los benedictinos, mientras que el énfasis religioso en la confesión de pobreza fue adoptado por los franciscanos. Hay que reconocer que los valdenses fueron el primer ministerio cristiano organizado en el que estos dos elementos se integraron y se plasmaron en el modelo de liderazgo. Esta distinción de separación permitió a la Iglesia Católica Romana mantener su riqueza protegida y sin cuestionamientos, disminuyendo la integridad del mensaje del evangelio al no reconocer la amenaza que la lealtad ciega a la riqueza y a la propiedad representaba para el testimonio cristiano de la Iglesia Romana.

Fue el Cristo pobre que sirvió como discípulos de Jesucristo y vivió una vida integrada de predicación itinerante y pobreza, cuya creciente popularidad el papado ya no podía ignorar, lo que llevó a la Iglesia a establecer un conjunto de órdenes católicas donde se integraban tanto la pobreza como la predicación. En la década de 1220, con la organización papal del Ordo Praedicatorum, el establecimiento de las órdenes de predicación católicas autorizó a los franciscanos, benedictinos y dominicos a abrazar

el voto de pobreza y predicar en la lengua del pueblo. Y, sin embargo, la gran mayoría de los sacerdotes y obispos no eran devotos de estas órdenes sagradas y no estaban obligados a obedecerlas.

Pasarían otros 300 años antes de que surgiera un énfasis integrador en la integridad del mensaje y el estilo de vida de los líderes cristianos ordenados más allá de la influencia limitada de estas tres órdenes católicas y el movimiento valdense en Europa occidental. Esto no ocurrió hasta que Martín Lutero y la Reforma protestante a principios del siglo XVI. Por último, vale la pena señalar que los orígenes de un enfoque en la pobreza y la humildad de Cristo se pueden rastrear visualmente en el arte cristiano que se produjo en esta época.

Antes del siglo XIII, el énfasis cristológico visual dominante que comunicaba la Iglesia Católica Romana sobre la naturaleza de Jesucristo era el del Pantocrator, el Cristo resucitado como Señor del universo. Cristo como Pantocrator se simbolizaba con una preponderancia de pintura dorada y blanca que comunicaba la presencia poderosa y triunfal de un Señor resucitado como imagen del reino universal de Cristo. Este énfasis en Cristo como Señor de todas las naciones y la creación cambió drásticamente con los desafíos sociales y eclesiales dirigidos contra la riqueza y el poder de la iglesia en el siglo XIII.

Con el crecimiento y ascenso del movimiento franciscano en la iglesia romana a mediados del siglo XIII, los franciscanos llevaron la humanidad y el sufrimiento de Jesús al primer plano de las artes visuales dentro de la iglesia católica. Como resultado, gran parte de la interpretación artística de la iglesia católica romana dedicada al tema de Jesucristo a partir de ese momento comenzó a enfatizar la humanidad y la naturaleza sufriente de Jesús. El énfasis en el crucifijo, la imagen de Jesús sufriente en una cruz, fue una contribución significativa del movimiento franciscano al catolicismo romano.

Durante esta época, esta atención a la humanidad de Jesús también influyó en el énfasis de la iglesia en el culto colectivo y se desarrolló en la creación de recursos litúrgicos y documentos teológicos dedicados a la cristología católica. A lo largo de la historia, los críticos de la iglesia, tanto dentro como fuera de la fe cristiana, han hecho mucho para redirigir el enfoque hacia los aspectos esenciales de la fe. Waldo, Arnold y Francisco de Asís ayudaron a preservar el énfasis teológico esencial de la fe cristiana, desafiando a la iglesia.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Les habla

el Dr. Kevin Frederick en su enseñanza sobre la historia de los valdenses. Esta es la sesión 4, Una distinción radical: el papel de la pobreza.